

zón añade, pensando en los «motivos de conveniencia»: «lo más que podemos hacer es intentar descubrir a la luz de la fe la razón por la que Dios haya obrado así. El misterio de María obedece a esta misma *lógica* divina, pero está muy lejos de lo que a

nosotros nos habría parecido razonable» (*ibid.*). Oportuna llamada de atención a tener en primer plano la fe de la Iglesia y a la sobriedad en nuestros razonamientos.

Lucas F. MATEO-SECO

Angelo AMATO, *Maria la Theotokos. Conoscenza ed esperienza*, Città del Vaticano: LEV, 2011, 487 pp., 24 x 17, ISBN 978-88-209-8539-4.

Se recogen en este volumen numerosos trabajos del Cardenal Amato en el terreno mariológico, algunos de ellos aún no publicados. El subtítulo, *conoscenza ed esperienza*, resume perfectamente el hilo conductor de estos escritos marianos en el que se unen el conocimiento –el imprescindible estudio teológico–, la praxis, especialmente la catequética, y lo concerniente a la piedad y espiritualidad marianas. El conocimiento de la Bienaventurada Virgen, leemos en el prólogo, proporciona un sólido fundamento a la piedad de los fieles; la experiencia de fe, por su parte, da calor a la luz de la verdad.

El volumen se abre con un largo estudio –*Maria nella storia della catechesi* (pp. 7-66)–, de gran valor por los temas que trata desde el siglo VIII hasta nuestros días, especialmente por el variado muestreo de catecismos que analiza, que abarcan desde los catecismos de Lutero, hasta el Catecismo Romano, catecismos hispanoamericanos, el del Cura de Ars o los catecismos posteriores al Concilio Vaticano II. También en este sentido discurre el capítulo doce –*Maria, la Theotokos, discepola ed educatrice* (pp. 329-348)–, aunque situándose sobre todo en las razones teológicas en que se fundamenta su función «educadora» en la Iglesia. De especial interés, el apartado dedicado a María *educatrice, maestra di spi-*

ritualità cristiana. En este apartado se deben incluir también los capítulos dedicados a la presencia de la Virgen en los escritos de tres conocidos santos: san Francisco Antonio Dasani, san Juan Bosco y san Maximiliano M. Kolbe (pp. 401-460).

El Cardenal Amato dedica también extensos capítulos a los temas marianos clásicos: la Inmaculada, la Asunción, la enseñanza del Vaticano II y el magisterio posterior, la cooperación de María a la obra de la salvación, la «Pietà» y el dolor de Dios, la lucha de la Mujer contra la serpiente, la antropología cristiana, etc. Prudentes y equilibradas las consideraciones que hace el Autor en el breve capítulo dedicado a Juan Pablo II y al «secreto» de Fátima; sugerente la perspectiva en que presenta al Papa «*segnato*» *dal «segreto» de Fatima* (pp. 241-258).

Un tercer núcleo de cuestiones es el que se refiere a la naturaleza e historia de la mariología, que va desde las páginas dedicadas a la mariología italiana del siglo XX (pp. 131-166) y a la historia de Facultad de Teología «Marianum» (pp. 461-474), hasta un capítulo breve, pero que va al fondo de la cuestión del *status* de la mariología como disciplina teológica, titulado *L'inculturazione nell'insegnamento della mariologia* (pp. 115-130), en cuyo análisis nos detenemos brevemente.

Aunque no lo afirma explícitamente, el Cardenal Amato parece concebir la mariología como una asignatura *a se*, en la que se proporcione una síntesis completa y coherente de la múltiple relacionalidad de Santa María con la Trinidad, con Cristo, con la Iglesia y con todos los hombres. El A. describe esta «inculturación» como «una adecuación del tratamiento mariano a la cultura de nuestro tiempo en un modo en el que esta asimile de modo adecuado el misterio de María y sepa re-expresarlo y vivirlo en categorías conceptuales y en orientaciones espirituales coherentes con la propia cultura» (p. 115). Se trata, en definitiva, de proponer una mariología adecuada a las necesidades de nuestro siglo en su método, en su estructura y en la orientación de los temas.

Los puntos de referencia con que cuenta el mariólogo para desarrollar este trabajo son numerosos y consoladores: en ellos se manifiestan los frutos del Concilio Vaticano II y el ingente trabajo pastoral y teológico posterior. El A. tiene presente, en primer lugar, la indicación general de *Optatam totius*, n. 16 sobre la estructuración general de la teología, que está llamada poner en su centro el *mysterium Christi et historiam salutis*. ¿Qué cosa espera la Iglesia de los que cultivan la mariología?, se pregunta el Cardenal. Y contesta: Que responda a las instancias que le presenta la cultura contemporánea «a partir de su estatuto eclesial y de su metodología», es decir, que su discurso tenga esencial referencia a Cristo y a la Iglesia, y que sea fiel a su identidad católica y, en consecuencia, que conserve la estrecha relación entre el principio «petrino» y el principio «mariano», como correlación indispensable (p. 117). Se recogen aquí las propuestas de conocidos teólogos para subrayar la indisoluble unión entre María y la Iglesia, y la capacidad de clarificación que tienen algunas formulaciones suyas especialmente lúcidas para conseguirlo. Como es bien

sabido, entre los teólogos que han utilizado estas formulaciones se encuentran J. Ratzinger, H. U. von Balthasar y L. Scheffczyk.

A la hora de explicitar la aplicación de los dos «principios», el «mariano» y el «petrino», el Cardenal Amato sigue muy de cerca las propuestas de L. Scheffczyk, todas ellas encaminadas a mostrar una afirmación fundamental: «La nota mariana del catolicismo no es superflua, ornamental, inesencial, o incluso errónea» (p. 119), sino que es una dimensión esencial de la fe cristiana. Amato subraya en estas páginas el «*et, et*» católico, frente a las disyunciones tan típicas de Lutero y, siguiendo a Scheffczyk, escribe: «Siendo el misterio de la encarnación el *concretissimum christianum*, María constituye la garantía última y más fuerte de concretización de lo divino en lo creado, de lo sobrenatural en lo natural» (p. 120).

Nos encontramos, pues, en lo que se califica con acierto la «marianidad» de la teología y de la piedad cristiana. Esta «marianidad», a su vez, lleva consigo el que sea incompleta e incorrecta una mariología «que aísla a María en el énfasis de sus privilegios». Entre las tareas que propone el Cardenal Amato para una mariología concebida así, se encuentra «la fundamentación de la piedad mariana como expresión privilegiada de la vida en Cristo; el cultivo de la piedad popular mariana, auténtico catolicismo vivido en profundidad por los fieles; el influjo de la mariología en la ética cristiana y, por tanto, la presentación de María como formadora y educadora del *ethos* católico; la dimensión misionera de la mariología» (p. 130). Una tarea teológica y pastoral, amplia y entusiasmante.

Con este libro, nos encontramos, pues, ante un amplio panorama de cuestiones y temas marianos, muchos de ellos redactados conforme lo pedía la vida pastoral y científica del Cardenal Amato, pero siempre dentro de unas coordenadas perfecta-

mente delimitadas, que les dan unidad y que permiten al lector conocer esas cuestiones en sus implicaciones mutuas y con los matices propios de nuestro tiempo, ya

que muchas veces están tratadas en cuanto cuestiones de actualidad.

Lucas F. MATEO-SECO

Pedro Antonio BENÍTEZ, *La teología del tiempo según Jean Mouroux* (Dissertationes «Series Theologica», XXIX), Pontificia Universitas Sanctae Crucis, Facultas Theologiae, Roma: EDUSC, 2009, 481 pp., 17 x 24, ISBN 978-88-8333-238-8.

Los estudios publicados sobre el pensamiento del teólogo francés Jean Mouroux (1901-1973) son poco numerosos, no llegando a la decena las tesis doctorales realizadas en los casi cuarenta años transcurridos desde su muerte. Este trabajo es una valiosa contribución que ayuda a paliar ese vacío. Posee el valor añadido de afrontar un aspecto de la obra de Mouroux que hasta ahora no había recibido una atención específica: la teología del tiempo. Este es ya un motivo de congratulación para los estudiosos de la teología de la segunda mitad del siglo XX, sobre todo para los interesados en el fecundo panorama de corrientes y autores franceses que precedió y preparó el Concilio Vaticano II. Pero a ello se suma además otra razón de satisfacción: el hecho de tratarse de un estudio sobre un tema de trascendental importancia –el tiempo– que ha sido objeto de una atención muy particular en el quehacer teológico del pasado siglo.

El sacerdote mexicano autor de esta tesis ha estructurado su trabajo en tres partes desiguales en extensión, siendo las dos primeras más breves y de carácter introductorio. En la primera de ellas (caps. I y II) se exponen sumariamente el perfil bio-bibliográfico de Mouroux, el contexto teológico de su época y su método teológico. En la

segunda parte (caps. III y IV) se expone una panorámica de la Teología de la Historia, tanto de su origen histórico y de los principios que la articulan (cap. III), como de su desarrollo a lo largo del siglo XX en el ámbito católico (cap. IV).

La tercera parte (caps. V-XII) entra de lleno más específicamente en la teología del tiempo según Mouroux. Exceptuando el último de ellos, los sucesivos capítulos de este apartado van presentando los rasgos más destacados de la obra fundamental de Mouroux sobre la cuestión: *El misterio del Tiempo* (*Le Mystère du Temps*, 1962). Esta tercera parte comienza con una introducción general al pensamiento del teólogo de Dijon sobre el tiempo (cap. V) y pasa después al análisis de sus ideas relativas al «tiempo» y a la «eternidad» (caps. VI, VII y VIII), a la temporalidad de Cristo (caps. IX y X) y al tiempo de la Iglesia (cap. XI).

La obra se cierra con un capítulo sintético (cap. XII) donde Pedro A. Benítez expone y analiza tres grandes tesis halladas en su examen de *Le Mystère du Temps*: la primera sobre el marco general en el que se inscribe el pensamiento Mouroux sobre el tiempo; la segunda sobre la definición de tiempo en el planteamiento del canónigo de Dijon; la tercera sobre la temporalidad de Cristo, y más concretamente sobre la